cion; mas le preguntariamos si se atreve á llamar supersticiosos á los que llevan consigo alguna medalla de Jesus, ó de María, ó el nombre de Jesus ú oraciones escritas; pues no estimamos todas estas cosas sino en cuanto nos representan á Jesucristo y á su Madre Santísima.

CAPÍTULO VII.

La Iglesia, transportada de júbilo, esclama á voz en grito en la natividad de María: *Vuestro nacimiento, oh Vírgen Madre del Hijo de Dios, anunció la alegría al mundo entero, porque disteis á luz al Sol de justicia, Jesucristo nuestro Dios, el cual quitando la maldicion ha dado la bendicion, y confundiendo la muerte nos dió la vida eterna.* Dia feliz aquel en que apareció tan bella aurora. Huyó la noche; y huyeron las tinieblas, que á manera de un caos de confusion hacian tan deforme la faz del universo: al despuntar esta risueña aurora, recobró el mundo su primitiva hermosura, ó mas bien se vió revestido de belleza mayor que la perdida por el engaño de la serpiente; pues el Apóstol de las naciones así lo dá á entender diciendo «que redundó la gracia donde abundó el pecado.» Dichosos los siglos que han seguido al dia esplendoroso del nacimiento de la Santísima Vírgen. ¡Mil veces mas dichosos los que hemos tenido la gloria de nacer despues de ella! ¡Oh Dios! ¿qué mas hicimos nosotros que todas aquellas generaciones que vivieron en aquellos siglos desdichados, en los cuales aun no habia aparecido esta aurora de salud y consuelo? Aquellas entraron en el mundo durante la noche del pecado; y nosotros en el dia de la gracia: aquellas caminaron con paso lánguido por sendas de tinieblas y de miseria; y nosotros vivimos en medio de la luz y de la abundancia de las consolaciones divinas: aquellas murieron en la esperanza; y nosotros gozamos de la suprema felicidad. ¡Oh Providencia amable! ¡Oh misericordia infinita la de Dios para nosotros! Todos los que vivieron en tiempo del antiguo Testamento, pedian ver el dia de la gracia y no lo alcanzaron á ver; y nosotros lo vemos sin haberlo pedido.

¿Nó podiamos haber nacido en aquellos tiempos, en aquellos lugares, en medio del paganismo ó del judaismo, incurriendo en las mismas desgracias? ¿Qué méritos han sido los nuestros para que el Autor de nuestras vidas nos haya destinado á nacer en dias de salud y en el seno de la ley de gracia? ¡Cuán amables son las disposiciones de la Providencia en favor nuestro! Ha enviado á Jesucristo y á su Madre Santísima delante de nosotros: los ha enviado al mundo como un nuevo Adan y una nueva Eva para quitarle la maldicion y desarraigar las espinas con que cubrió la superficie de la tierra el pecado del primer hombre, como si no hubiera querido que nosotros la habitásemos hasta tanto que la hubiese preparado para recibirnos, y no la juzgase bastante preparada para nosotros hasta enviar á su propio Hijo á llenarla de las luces de su sabiduría y enriquecerla con el inexhausto tesoro de sus gracias y merecimientos.

¡O Dios de bondad! ¡Cómo nos habeis puesto en medio de un océano de bienes, habiendo hecho nacer tantos millones de almas, que no valian menos que las nuestras, en tiempos y paises que no os conocian! ¿Y por qué con nosotros tan grande predileccion? ¡Quién no queda arrebatado al contemplar la intimidad que hoy tenemos con Jesus y María! Los conocemos, hablamos de ellos con frecuencia, conversamos familiarmente con ellos en la oracion, les hablamos, y ellos nos responden; les pedimos, y ellos condescienden con nuestras peticiones; metemos la mano en sus tesoros, y ellos nos lo agradecen; recibimos á Jesus hasta dentro de nuestras bo-

cas, entra él hasta en nuestros pechos, y el amor del Hijo y de la Madre embriaga nuestros corazones; y Jesus y María se regalan con ellos, y en ellos hallan todas sus delicias. ¡Oh Dios de amor! Si los siglos pasados hubiesen visto de lejos nuestra ventura, ¡cuánto la hubieran envidiado!

¡May ay! Horrorosa es nuestra ingratitud. Casi no nos acordamos de tanta dicha: ignorantes y estúpidos no sabemos gozar de nuestra fortuna: nós abate la tristeza, nos abate la pusilanimidad, nos abaten las mas pequeñas contrariedades de la vida presente, cuando debiéramos estar siempre respirando alegría y bañados en un mar de alborozo porque poseemos el supremo bien, por el cual suspiraban los siglos pasados. ¡Ingratos! Aun nos quejamos vilmente cuando toda nuestra vida debiera ser un himno incesante de accion de gracias, de bendicion y alabanza. Pero ya no será así, Aurora de la vida, dulzura del mundo, alegría del cielo. Os prometemos, Señora, que ya no será así. No serémos tan ingratos en adelante; y para ser fieles y agradecidos á Dios nos ponemos debajo de vuestro patrocinio, que es dulcísimo al par que poderoso.

San Juan Damasceno dice que todos los siglos se disputaban la gloria de que en medio de su curso se mostrase en el mundo la Madre de nuestro divino Salvador. ¿Y á qué siglo le cupo tan grande dicha? Segun el cómputo de Baronio, se contaban entonces mas de cincuenta siglos desde la creacion, pues acaeció en el año cinco mil ochenta y cuatro, quinientos sesenta y seis años despues del cautiverio de Babilonia, setecientos treinta y ocho despues de la fundacion de Roma, el año veinte y dos del imperio de Augusto, reinando el Idumeo Herodes en la Judea que habia usurpado con los artificios que empleó por conseguir el favor de Augusto. Este príncipe que era señor del mundo y disponia de los reinos á su arbitrio, consintió en que Herodes viniese á ser el tirano del único pueblo, que pasaba por la porcion escogida de Dios.

Este estranjero que debia el trono á la injusticia y á la violencia, estaba siempre temeroso de que el Dios de Israel se lo arrebatase de las manos; y sabiendo que los profetas habian prometido á aquel pueblo que le naceria un rey de la familia de David, el cual habia de sentarse en el trono de su padre y reinar por do quiera como soberano para libertarlo de la servidumbre haciéndolo el pueblo mas feliz de la tierra, no perdonaba medio alguno para contrariar las divinas disposiciones. Tanta era su insensatez. Tanto le habia cegado la pasion de reinar. Con tan siniestro intento se propuso esterminar á todos los descendientes de David, que pudieron descubrir sus crueles pesquisas. Salváronse sin embargo algunos pocos y entre estos San Joaquin y Santa Ana, que parecian gentes vulgares y sencillas, y dedicadas únicamente á los ejercicios de piedad y en cierta manera despreciables, porque siendo ya ancianos habian perdido la esperanza de tener hijos. Mas estos eran cabalmente los dos esposos que la Providencia escogió para que de ellos naciese la que vestiria de nuestra carne al deseado de las naciones, aquel hijo de David, que en efecto se habia de sentar en el trono de su padre como verdadero rey de Israel y monarca supremo de todos los monarcas, cual se verificó no carnal y materialmente como lo imaginaban los judíos, sino de una manera espiritual que es mas divina. Empéñese enhorabuena el mundo en hacer poco caso de lo espiritual, teniéndolo por quimera; no por eso dejará de ser verdad, como todos los sábios lo vén, lo comprenden y lo confiesan, que lo corpóreo y sensible no es mas que sombra que pasa, humo que se desvanece, corrupcion que perece y se reduce á la nada, y que lo espiritual es un ser incorruptible, mas palpable á las almas que lo corpóreo á los sentidos, y tan sólido que dura eternamente. Si de esta sublime filosofía estuviésemos bien penetrados, prefiriéramos el mas mínimo bien espiritual á todos los bienes de la tierra.

Averiguado ya el año en que nació la Santísima Vírgen, no cabe duda acerca del mes y dia; porque es sentimiento comun de la Iglesia que fué el de Setiembre, y vemos que en él celebra la fiesta de su natividad. En cuanto al dia, nos basta la

misma autoridad de nuestra madre la Iglesia, que celebra en el dia octavo de dicho mes su gloriosa natividad.

El Evangelio no habla del nacimiento de María, pero no hay cosa que lo realce tanto como este silencio misterioso: no quiere hablarnos de ella como de una hija de los hombres y así nada nos dice de sus padres: no quiere hablarnos de ella como de una niña; y por tanto sepulta su infancia en el silencio: la única idea que de ella quiere darnos, para que de una ojeada admirémos su grandeza y celsitud es la de su divina maternidad. Solo esto considerémos en ella y dejemos todo lo demás; porque diciendo que es madre del Hijo de Dios, hemos dicho todo cuanto es. Empero aquí es preciso levantar el espíritu y contemplar con una especie de rapto la gloria que dá este carácter á su natividad.

No ha de juzgarse de las grandezas de la Santísima Vírgen por las apariencias, pues estas no hacen ostensible la verdad, sino la vanidad: menester es que busquemos las verdades divinas en lo que no está al alcance de los sentidos; y para hallarlas leamos el Evangelio, que es el oráculo de ellas y veamos como nos pinta magnífica y pomposa su entrada en el mundo el dia de su natividad. Confesemos que cuanto se ha dicho hasta ahora de la gloria de los conquistadores y de la magnificencia de los reyes mas poderosos es en cotejo suyo lo que un carbon parangonado con un diamante: ya se fije la vista en lo que la precede, ya en lo que la acompaña y rodea, ó bien en lo que la sigue, en todas partes hallará maravillas que arrebaten su admiracion.

¿Queremos ver lo que la precede? El Evangelio en el dia de su natividad hace mencion de multitud de patriarcas, profetas y reyes que caminan delante de ella á manera de la guardia noble que abre paso al soberano cuando se muestra en público con la pompa y esplendor de la majestad. Oiremos nombrar á un Abraham, á un Isaac, á un Jacob, á un David, á un Salomon, á un Josafat, á un Osias, y á muchísimos otros reyes que fueron sus abuelos: hé aquí la magnífica

corte de sábios, de santos y régios personajes que lleva por delante. ¡Cuán grandioso espectáculo! Si consideramos lo que acompaña y rodea su persona, parece que todos los siglos pasados renacen para venir á escuadronarse en derredor de ella y formarle una espléndida corona.

Contando la sagrada Escritura todas las generaciones desde Abraham, ó mas bien desde Adan hasta ella, como que las llama de sus tumbas, las cita y quiere que estén presentes para que la glorifiquen con sus aclamaciones, formando una armonía universal; por lo cual dijo un grande Emperador que María era el panegírico de todos los siglos: y ella misma ha dicho en su cántico que todas las generaciones la llamarán bienaventurada: *Ex hoc beatam me dicent omnes generationes.* Hé aquí lo que la acompaña. Jamás se ha visto una corte mas augusta ó mas numerosa.

Mayores prodigios descubrirémos poniendo los ojos en lo que la sigue: allí aparecerá la majestad del mismo Dios; observarémos que el supremo Monarca del mundo, el propio Hijo de Dios se hizo de su comitiva, y aun no contento con esto, se puso bajo su dominio, porque él es su único hijo. Pero aun hay mas; pues con el Hijo de Dios entran á ser de la familia de María y á ponerse bajo su dominio todos los santos, todos los predestinados, todos los que componen la Iglesia triunfante y militante, toda esa innumerable muchedumbre de reyes de la eternidad que forman con Jesucristo un solo cuerpo místico. ¡Oh Dios! ¡Qné grandeza! ¡Qué magnificencia! ¡Qué majestad! ¡Qué asombro! Recorramos con una sola mirada este cuadro maravilloso. Contemplando lo que la precede, lo que la sigue, al entrar en el mundo la Reina de los cielos, sin duda que nuestra mente abismada en océanos de luz, se perderá en un éstasi de admiracion. Los triunfos mas estraordinarios encarecidos en las historias sagradas y profanas, nada tienen que se aproxime al majestuoso aparato con que se presenta la Madre del Rey de reyes.

008775

Dice la Sagrada Escritura que la Sabiduría fabricó para su propia habitacion un palacio magnífico: *Sapientia ædificavit sibi domum.* ¿Qué deberémos entender por la sabiduría, sino al mismo Jesucristo á quien San Pablo llama en su primera epístola á los Corintios *Christum Dei sapientiam?* Y es máxima comun atribuir la sabiduría al Hijo como al Padre el poder y la bondad al Espíritu Santo. Decirnos por consiguiente que la Sabiduría se fabricó una casa para su propia persona, es decirnos que el Hijo de Dios fué el autor de su propia Madre. Pesemos bien la fuerza de estas palabras, que son otros tantos oráculos.

Fabricó la Sabiduría y fabricó un palacio, y lo fabricó para sí; enciérranse aquí muchas grandezas de la Madre de Dios en su nacimiento. En primer lugar, siendo la infinita Sabiduría quien tomó á su cargo la fábrica, no hay duda en que la hizo del modo mas perfecto; luego proporcionó la magnificencia y riqueza de la fábrica á la majestad del huesped para quien la hacia, porque jamás se fabricará una casa para hospedar á rústico aldeano como para alojamiento de poderoso monarca: de otra suerte no edificaria sábiamente el arquitecto, que si no es desacordado, debe fabricar con mas suntuosidad á medida del poder y opulencia del señor, para quien la destina. Imponderables consecuencias se deducen de este principio á gloria de María.

Considerémos qué hermoso palacio fabricó la divina Sabiduría para un esclavo, para un despreciable gusanillo de polvo, para el hombre pecador: mas á pesar de su miseria, volvamos la vista por una y otra parte, y contemplemos la grandeza, las riquezas y la hermosura del palacio de la naturaleza: hé aquí la casa que hizo la divina Sabiduría para hospedar al hombre. ¡Cuán augusto palacio! ¡Cuán grande! ¡Cuán ricamente adornado! Salia fuera de sí el real Profeta cuando contemplaba su pasmosa magnificencia: *Quam magnificata sunt opera tua, Domine, omnia in sapientia fecisti!* ¡Cuán magníficas son vuestras obras, ó gran Dios! Todo es bello, todo está dispuesto con admirable sabiduría! Pero ya que tan sábiamente llevais á cabo vuestros designios, habiendo construido un palacio tan augusto para vuestros indignos siervos, ¿qué hareis para vos mismo? ¡Adonde nos arrebata este sublime pensamiento! Preciso es formar el siguiente raciocinio. El universo es el palacio que la divina Sabiduría fabricó para el hombre pecador; el palacio que fabricó para sí es la Santísima Vírgen: convengamos en que cuanto aventaja al hombre pecador en nobleza, dignidad y elevacion el soberano Huesped que ha de honrar con su presencia el palacio del virginal seno de María, tanto mas rico, grandioso y augusto que el universo será el palacio que destina para Huesped tan soberano, siendo esta una regla de justicia y prudencia y conforme á la recta razon. Ahora bien, ¿cuánto mas digno que el hombre pecador dirémos que es Jesucristo? No hay quien pueda espresar la infinita distancia, que media entre Jesucristo y esta mísera carne de pecadores. ¡Ah! si nuestro entendimiento se agobia con el peso de tan altas verdades, ¿quedará tan helado nuestro corazon que no produzca ningun buen sentimiento?

Inseparable compañera del bien es la alegría; es imposible al hombre no alegrarse cuando recibe alguna buena nueva ó vé entrar la fortuna por las puertas de su casa. Y así un alma que conociera el cúmulo de bienes que consigo trajo la natividad de la Santísima Vírgen, no podria menos de enajenarse por el esceso de las divinas consolaciones que dilatarian su corazon, porque si el supremo bien del mundo es haber visto nacer entre nosotros á un Dios salvador; no hay duda que despues de este lo es ver el nacimiento de la Madre de aquel divino Jesus.

Principia á despuntar el dia de la gracia, pues ya vemos su aurora, ya vemos el dia de la gloria, porque el uno viene en pos del otro. Ya podemos esclamar con transportes de alegría: ¡Vemos abiertos los cielos y su entrada se nos franquea en el momento que dejemos la pesada carga de nuestros cuerpos! He aquí un motivo capaz de consolar é inundar de gozo el corazon mas desolado. El sábio y elocuente cardenal San Pedro Damian esclamaba transportado al considerar tamaño bien: «Alegraos, hermanos mios, en la nati-

vidad de María, como acostumbrais alegraros en la de vuestro Salvador, pues si él es el sol de justicia, ella es la aurora que le precede y le dá á luz sin lesion de su purísimo seno; si él es el verdadero paraiso de nuestras almas, ella es la puerta por do habemos de entrar: si él viene á satisfacer nuestras deudas y á rescatarnos con su sangre, ella le provee de esa misma sangre preciosa con que ha de redimirnos. Alegrémonos en el nacimiento de ambos, porque ambos son las soberanas fuentes de nuestra felicidad.»

Pero se preguntará por qué no saltan de alegría todas las ciudades en la fiesta de la natividad de Nuestra Señora. Y será fuerza responder que semejante falta no proviene de inadvertencia ó descuido por parte de nuestra madre la Iglesia, que hace todo lo posible para escitar en sus hijos esta alegría espiritual, pues clama y canta: «Vuestro nacimiento, ó Vírgen Madre, anunció el regocijo á todo el universo.» ¡Mas ay dolor! Estúpido es el mundo cuando se trata de las cosas de Dios: está lastimosamente embriagado con las vanidades de los sentidos, haciendo inútiles esfuerzos para sacar de ellos alguna gota de pasajero consuelo, y no halla sino torrentes de amargura y miseria sin cuento. Solo despreciando el regalo y consolacion de los sentidos se puede gustar y saborearse con la del espíritu, y nosotros quisiéramos gozar de esta sin renunciar aquella.

CAPITULO VIII.

Creyendo que su alma recibió la gracia en el mismo momento en que las otras enferman con la peste del pecado original, no es posible dudar de que este privilegio de la

Madre de Dios le haya proporcionado otro, á saber, el haberle anticipado el uso de la razon, á fin de que no fuese inferior á los ángeles, los cuales tuvieron el uso de su libertad desde el primer instante de su creacion. Así lo afirma San Bernardino de Sena: (Tom. 1. Serm. 51 cap. 1). *Beata Virgo etiam dum erat in utero matris, habuit usum liberi arbitrii.* Si habiéndola predestinado Dios desde la eternidad, y hecho nacer en el tiempo con muchos milagros, para que fuese su madre, siempre la esceptuó de las leyes comunes, y la colmó de privilegios, concediéndole el uso de su libre albedrío desde el primer instante de su vida; ¿en qué lo emplearia sino en consagrarse á su Dios de una manera mas sublime y escelente que pudiera hacerlo el serafin mas encumbrado?

Es cierto que el Hacedor no le dió toda la perfeccion de su ser natural en un principio como á los ángeles, y quiso que fuese una débil niña como los otros hijos de Adan, mas ella no estaba en el seno de su madre ni como una criminal en la prision, ni como una muerta en la tumba, sino como una santa en su oratorio, donde contemplaba la gloria y los misterios de la Divinidad. Si dejaron escrito los santos Padres que encerrado Jonás en el vientre de la ballena, lo convirtió en una Iglesia, en la cual cantaba las alabanzas del Todopoderoso, porque á pesar de haberse mostrado rebelde á su divina voluntad, le conservaba la vida aun en las garras de la muerte; bien podremos decir y con mayor fundamento que estando María toda llena de gracia, haria un templo del seno de su madre, ofreciendo en él á su Dios el suavísimo incienso de su adoracion.

Si Juan Bautista estando encerrado en el vientre de su madre, ya desempeñaba el oficio de precursor, saltando de gozo á la presencia del infante Jesus, cuando la inmaculada Vírgen que le llevaba, fué á visitar á Santa Isabel; creible es que siendo la Reina de los ángeles mas favorecida de Dios que San Juan Bautista, haya hecho el oficio de madre hasta en el vientre de Santa Ana, concibiendo á Jesus desde entonces espiritualmente en su corazon antes de concebirle en su castísimo seno. Ni se diga que el Altísimo negase á su